

Mohamed camina lentamente hacia su casa.

Lo que le había sucedido había sido sin duda un castigo de Alá, aunque por una extraña razón se encontraba absolutamente relajado.

Aquello le resultaba sorprendente, como si una especie de descubrimiento azaroso le hubiera abierto las puertas de un nuevo paraíso.

En su caso, en vez de haber recuperado la fe, acababa de perderla por completo.

Siempre temiendo la desgracia de llegar a ser sodomizado, para finalmente darse cuenta de que no era algo malo, sino absolutamente placentero.

Incluso los animales, desde su más absoluta ingenuidad, también lo practicaban.

Ahora comprendía que realmente no estuviera muy mal visto en su cultura, tan atenta a las necesidades del alma.

Penado estaba, aunque sólo teóricamente, porque allí muchas personas mantenían relaciones amorosas homosexuales de un modo bastante explícito.

En su país no era raro ver a pasear a hombres agarrados de la mano, o a las mujeres abrazarse ardientemente entre sí.

Aunque extrañamente nunca se veía a personas del sexo opuesto haciéndolo de forma pública.

En la cama, a oscuras, se practicaba el sexo como un deber matrimonial; pero lo que se dice amar al cónyuge, resultaba algo completamente fuera de lo común.

Tanto miedo, al final para nada, se decía alegre.

Incluso le costaba reprimirse para no canturrear, como hacían sus mujeres tras un buen polvo, de esos que tenían lugar tras una copiosa comida.

Especialmente con la española, ya que la marroquí era demasiado pudorosa.

Entonces si todo el mundo practicara de vez en cuando el sexo anal, no sólo el normal, la gente estaría más relajada, meditaba.

Sin duda esa prohibición, junto con la del incesto, mantenía a la gente desquiciada.

Así andaban todos luego sodomizándose de un modo simbólico, jodiendo al prójimo en vez de follárselo.

Lo cierto es que esa noche se había vuelto un libertino.

También podría considerársele un perverso, aunque por otra parte se daba perfectamente cuenta de que nunca jamás se había sentido menos perverso y con menos deseos de herir a los demás.

Ahora entendía por qué los hombres maltrataban a los niños en vez de acariciarlos.

Todo el mundo tenía miedo de algo que al final era inocuo, eso sí, siempre que se practicara con preservativo.

Si incluso él, que tenía numerosos hijos, y en su país alguno ya mayorcito, les propinaba cachetes para reprimir los besos y los abrazos.

Y ahora que lo piensa, resulta que la mayoría de las mujeres también se mostraban crueles con las niñas.

La suya marroquí era un clarísimo ejemplo, y así estaba la pobre de amargada.

Si se reprimía con sus hijos e hijas, y luego a su marido no lo veía más que un mes al año, como para no estar hecha una furia.

Menos mal que tenía a la española, que era una santa.

Cierto es que ella a su propia madre la quería mucho, y ambas se trataban con verdadero afecto, sin reprimirse.

Así luego hacía lo mismo con sus hijos.

Y pensar que cuando se había visto amenazado con una pistola, había creído que iba a morir, cuando en realidad aquella super mujer, como una madre, simplemente le había castigado tal como se merecía.

Por eso, sintiéndose en paz, regresa a su casa.